DON MIGUEL DE UNAMUNO

Su personalidad, obra e influencia.

POR

JOHN ALEXANDER MACKAY

Graduado en la Universidad de Aberdeen

Tesis para incorporarse al grado de Doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.



Lima-Perú

CASA EDITORA DE
ERNESTO R. VILLARAN

Azángaro (San Carlos) 872

1919



DON MIGUEL DE UNAMUNO

Su personalidad, obra e influencia.

POR

JOHN ALEXANDER MACKAY

Graduado en la Universidad de Aberdeen

Tesis para incorporarse al grado de Doctor en Filosofía y Letras en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.



Lima-Perú

CASA EDITORA DE
ERNESTO R. VILLARAN

AZÁNGARO (SAN CARLOS) 872

1919

DON MIGUEL DE UNAMUNO

SU PERSONALIDAD, OBRA E INFLUENCIA

Este humilde ensayo, escrito con trémula mano, y en lengua ajena,—tarea honrosa que me impuso una gallarda resolución de la Facultad de Filosofía y Letras;—lo dedico a un recuerdo de Castilla.

Dos años y medio hará que, andando por tierras de España, encontréme en la ciudad medioeval de Salamanca. Durante una corta estancia en ese lugar de la vieja Castilla, donde las orillas del lento Tormes respiran memorias de pícaros y místicos, y donde innumerables edificios conservan huellas aun de la piedad y cultura de antaño, cúpome la suerte, en dos ocasiones, de visitar, en su propio domicilio, al ilustre escritor vascongado, don Miguel de Unamuno. A los momentos pasados a los pies de este maestro eximio, cuyas conversaciones me volvieron en fervoroso admirador y discípulo, tributo los siguientes tan indignos renglones. Pues, en esta hora única de mi vida, cuando emociones inusitadas hacen latir mi corazón, puesto que la primera y más ilustre hija de la antigua cultura salmantina se digna a reconocerme, ciñiendo mi pobre frente con la lauréola de sus excelsas tradiciones, ¿en que mejor podría ocupar la atención de esta augusta asamblea que hablando sobre la personalidad, la obra, y la influencia del mencionado catedrático salmantino, inspirador de almas y astro reluciente de las letras españolas contemporaneas?

Quien haya tenido el raro privilegio de recorrer las salas de ese arcano del arte, el Museo del Prado, de Madrid, nunca olvidará las emociones que sentía al contemplar los cua-

dros de Velazquez. Estos cuadros son, en su gran mayoría, cuadros de hombres, de hombres enteros, que llenan todo el lienzo. ¿No es acaso simbólico que el más clásico y castizo de los pintores españoles fuese pintor de hombres? ¿Es que el pintor de Cristo crucificado, Felipe IV, y los Borrachos, supiera penetrar en la verdad que lo más castizo de la contribución española a la literatura y la historia no ha sido pensamientos sino caracteres, no sistemas sino hechos, no códigos sino conquistadores? En vez de una "Divina Comedia" España ha legado al mundo un Quijote; en vez de una "Crítica de la Razón Pura" una Santa Teresa: en vez de una "Magna Carta" un Cortés y un Pizarro. Pues bien: el sujeto de este estudio, catedrático, crítico, filósofo, poeta, místico y político, es ante todo y sobre todo un hombre. Don Miguel de Unamuno está muy lejos de ser un mero literato o palabrero profesional. A través de todos los lineamientos de su rubia tez vascongada, lo mismo que en los acentos de su sonora voz y los párrafos palpitantes de sus escritos, aparece, como grabada en letras de molde, la palabra «Hombridad»,—palabra acuñada por el escritor portugués, Oliveira Martins, la que ha apropiado Unamuno para cristalizar en ella su concepto de las cualidades que constituyen un hombre ideal. Esta recia figura cuyo constante anhelo es llenar con carne y hueso, con pasión y pensamiento, la idea de hombre verdadero, muy bien podría glorificar un lienzo de Velazquez. Y a consecuencia de lo desarrollado que está esta «hombridad» en el caracter de Unamuno, resulta imposible leer lo que escribe y dejar de formarse acerca de él una opinión definitiva: o se le cree y venera, o se le odia y rechaza con todo el corazón.

Ahora bien: antes de examinar la obra objetiva de Unamuno miremos más de cerca la personalidad del escritor la que dá vida y pasión a ella.

SU PERSONALIDAD

Tres elementos constitutivos pueden distinguirse en la personalidad literaria de Unamuno, o sean su *raza*, su *cultutura* y su *individualismo*.

RAZA

Don Miguel de Unamuno es natural de Vizcaya, siendo su pueblo nativo el puerto cantábrico de Bilbao, donde nació el 29 de setiembre de 1864, según él mismo nos cuenta en su libro, «Recuerdos de Niñez y Mocedad». Repetidas veces en el curso de sus obras vuelve a hablar de su suelo natal, así de la deuda que le tiene. Muy emocionante es la apóstrofe que le dirige en su obra maestra, «La Vida de Don Quijote y Sancho» (p. 87). «Oh tierra de mi cuna, de mis padres, de mis abuelos y trasabuelos todos, tierra de mi infancia y de mis mocedades, tierra en que tomé a la compañera de mi vida, tierra de mis amores, tu eres el corazón de mi alma! Tu mar y tus montañas, Viscaya mía, me hicieron lo que soy; de la tierra de que se amasan tus robles, tus hayas, tus nogales y tus castañas, de esa tierra ha sido mi corazón amasado, Vizcaya mía!» En esa tierra vascongada vieron la luz un grupo de hombres célebres en los tiempos de la grandeza de España. Allí nació Ignacio de Loyola; allí también Francisco Xavier; caballeros andantes ambos a lo divino, conquistadores espirituales que fueron de anchas tierras. Vizcaino fué también aquel Don Alfonso Ercilla y Zúñiga, soldado de Almagro y cantor de la conquista de América; y en suelo de Vasconia fueron criados los abuelos de Bolívar, quien había de libertar las tierras que sus antepasados esclavizaron. Hablando su propio vascuence, lengua dificilísima y de escasa literatura, y poco aptos en el uso del castellano, los habitantes de las provincias vascongadas han llevado una vida aislada. El vasco castizo, cuando no ha sido epicureo, ha sido un hombre enérgico, inquieto, ambicioso, penetrado por un romanticismo vago e inconsistente. Ha correspondido al retrato que de él hizo Tirso de Molina,—«corto en palabras y en obras largo». Como era de suponer el tipo de misticismo que floreciera en el litoral cantábrico se ha diferenciado del castellano en rasgos importantes. El misticismo castellano era pasivo, sereno y contemplativo; el vasco activo, turbio y desasosegado. Limitóse aquel a la vida monástica en España; este lanzóse al mundo, cruzando los mares y penetrando las selvas, con

objeto de imponer sobre pueblos paganos la fe y moral católicas.

De este abolengo es Unamuno, crema y nata de una raza de místicos luchadores. En él el alma de Vizcaya, renombrado antaño por sus «obras», ha encontrado una voz que la cantara y explicara al mundo. Pasados luengos siglos de silencio, Vizcaya, como Rusia, ha alcanzado por fin expresarse. Ya tiene quienes la representen en las bellas artes, siendo distinguidos sus literatos y pintores por su vehemencia, originalidad e independencia de criterio. Entre estos compatriotas de Unamuno se destacan Pío Baroja, quien ha señalado nuevos rumbos a la novela española, y Zuloaga, colorista maravilloso, quien más que otro pintor ibérico ha logrado delinear la tragedia.

CULTURA

Si a su linaje debe Unamuno su espíritu de luchador y de místico desasosegado, a su extensa y variadísima cultura debe otros rasgos de su personalidad poco menos importantes.

Aunque así no quiere llamarse, Unamuno es un verdadero sabio y letrado en el sentido más amplio de estas palabras. Ha desempeñado desde hace muchos años el papel de catedrático en la Universidad de Salamanca. Las labores de su cátedra le ha conducido a un estudio de primera mano de los grandes clásicos de Grecia, como también a igual estudio del Nuevo Testamento. Este último, según supe de sus propios labios, es uno de tres libros que nunca faltan de su escritorio, siendo los otros dos el «Obermann» del escritor francés, Senancour, y la «Ciudad de la Noche Horrorosa»; del inglés, James Thomson. Los volúmenes que llenan los sencillos estantes de su estudio son una maravilla de variada y acertada selección. Los hay en como veinte idiomas. Al lado de tomos cuya austera encuadernación revela su linaje español, hay libros en hebreo, griego, latín, italiano, portugués, francés, inglés, alemán, vascuence, catalán, etc., etc. Luego, cuando creemos haber escudriñado todos los tesoros de la biblioteca, son sacados dos más de los estantes, y en seguida se nos lee, en acentos expresivos, trozos de Ibsen y

Kierkegaard,—éste el pensador trágico de Dinamarca, dramaturgo noruego aquél.

Las energías que reconcentraron los trasabuelos de Unamuno en surcar nuevos mares y en la conquista para Castilla y la Fe de tierras desconocidas las ha reconcentrado él en una lucha desesperada y perpetua con el misterio de la vida. Lo que ha llevado a este vasco a dominar las formas gramaticales de tantos idiomas, como de atravesar los páramos de la investigación lexiográfica, no ha sido un mero entusiasmo linguístico, ni el afán siquiera de henchirse la cabeza de conocimientos enciclopédicos, sino ansias de hallarse pensamientos que le arrojaran luz sobre la senda de la vida, así como también de dar con compañeros espirituales de viaje. Ha sido siempre enemigo de las traducciones, puesto que en ellas rarísima vez se logra reproducir el alma de un autor, o lo más castizo y sutil de su pensamiento, mientras que los escritores mas representativos de un pueblo,—los que precisamente tienen mayor interés para Unamuno,—casi nunca llegan a traducirse a otros idiomas.

Fuera de los antiguos clásicos castellanos y acaso el Nuevo Testamento, la literatura que ha dejado huellas más marcadas en la personalidad y obra de Unamuno ha sido la inglesa. Una buena parte de su biblioteca está formada de autores ingleses, muchos de los cuales apenas se conocen en el mundo hispano-americano. Unamuno no habla inglés, y cuado lo intenta leer, su pronunciación es pésima, mas puede traducir, con la mayor facilidad, hasta las obras de los autores más difíciles. Aunque quizás el conocimiento que posee del inglés no sea tal que le permitiera ganarse la vida en un emporio sudamericano, tal es sin embargo el dominio que ha logrado del idioma literario de Inglaterra que le ha permitido empaparse en la profunda filosofía de la vida de poetas ingleses, como Shakespeare, Tennyson, Browning, Thomson. Refiere que, a sus catorce años, al leer el gran poema romántico escocés, sopló por su espíritu algo así como "una brisa de la mañana." Recordando este período de su vida, escribe en sus "Recuerdos de Niñez y Mocedad" (p. 147).—"Feliz quien logra resucitar en su memoria la candorosa expresión de sus años de romanticismo, aquellos días en que me empeñaba en llorar sin motivo, en que me creía presa de un

misticismo prematuro, en que gozaba de rodillas de prolongar la molestia de ellos, en que me iba a los Caños" con "Ossian" en el bolsillo, para repetir sus lamentaciones al Morven a Rino y a los hijos de Fingal, aplicándolo yo al viejo Aitor y a Lecobide, las fantásticas creaciones del inconsistente romanticismo vascongado". Fué en esa época cuando leyó, por primera vez, la bella poesía de Tennyson, "Enoch Arden", cuya lectura le impresionó hondamente. Desde que sopló esa "brisa de la mañana" hasta la fecha han sido poetas ingleses los que han ido suministrando el pan cotidiano al espíritu de Unamuno.

Pero falta todavía mencionar al escritor inglés, a cuya influencia Unamuno debe más que a ningún otro, y a quien se parece tanto así en sus ideas como en su estilo literario. Fué este autor el eminente pensador Carlyle, autor de los "Heroes", "Sartor Resartus", y "La revolución francesa", libro este último que Unamuno tradujo al castellano. Leyendo a veces la obra del escritor español, parece a uno como si el creador de la "Filosofía de los Vestidos" hubiese resucitado, vestido él mismo a la antigua vasca, sin corbata, mientras entona su estribillo predilecto de los "héroes", truena otra vez contra las teorías mecánicas y positivas de la vida, ensalza el amor al trabajo, señala la senda del deber, y, a pinceladas y apóstrofes vivísimas, socorre al individuo del remolino social, alzando aun el alma del más insignificante limpiabotas encima de todo instituto impersonal.

Baste lo dicho para que comprendamos que Unamuno debe tanto a la atmósfera de su biblioteca cuanto a su herencia vascongada. Ahora volvamos a tratar ligeramente del tercer elemento en su personalidad, o sea, su *individualismo.*

INDIVIDUALISMO

Puede decirse que la individualidad de un hombre es aquello en que él se diferencia de todos los demás, siendo por lo tanto algo a que se llega por un proceso analítico de diferenciación. En cambio su personalidad quiere decir el con-

junto de cualidades, tanto diferenciales como universales, que le hace lo que es de ser social. La individualidad reposa en el seno de la personalidad del mismo modo que ésta en el organismo de la sociedad, contribuyendo una y otra, en su lugar, al funcionamiento rutinario de la vida. Pero cuando los elementos diferenciales que constituyen la individualidad se acentuan hasta el punto de ofuscar lo que tiene un hombre en común con los demás, ya se presenta el caso del individualismo moral, siendo el tal hombre un individualista.

No cabe dudarlo que Don Miguel de Unamuno sea un individualista de esta naturaleza, y, si no fuera por las asociaciones siniestras del vocablo, diríamos "egoista". Pero sea "individualista" o "egoista", ello es que suya es una figura única y solitaria en la España de hoy. Y no sólo eso, pero Unamuno se gloría en su aislamiento espiritual, hasta el punto de hacerse a veces antipático. ¿Como se nos explica que Unamuno acentue tanto su individualidad? ¿Como es que él piense y actue como ningún otro en España, haciéndose un personaje singularísimo, y dando lugar a que muchos le tachen de «loco»? La explicación no está lejos de buscar. El individualismo de Unamuno es la consecuencia inevitable, por un lado, de su arraigada convicción que nació para cumplir una misión definitiva, y por otro, de su filosofía, en la que sostiene que el fin del hombre es eternizarse, lo que es lo mismo como decir, singularizarse.

En diversas ocasiones Unamuno da a conocer a sus lectores lo que concibe ser su misión en la vida. Él existe, como nos dice, en sus «Soliloquios y Conversaciones» (p. 55), "para sembrar en los hombres germenes de duda, de desconfianza, de inquietud, y hasta de desesperación". Quiere que los hombres se inquieten, que se esfuercen a pensar, que no se sujeten a las idiocracias tradicionales, que se formen en sagradas cofradías a luchar con el misterio de la vida. Anhela el día en que el espíritu español, rotas sus antiguas ligaduras, se yerga como un Prometeo desencadenado, encima de todos los convencionalismos, conquistando su libertad intelectual, y gustando con ella del dolor exquisito del pensamiento. Siendo la misión de Unamuno la de despertador, una misión puramente negativa, se sirve de ásperas

paradojas, de íntimas contradicciones, de zapatetas estrambóticas a lo Quijote, de cualquier expediente en fin que obligue a las inteligencias adormecidas a que le escuchen. Esto explica porque no le importe la antipatía, ni mucho menos la burla. Encarna en su propio ser la doctrina que nunca deja de recomendar a otros, o sea, que sepan afrontar el ridículo. Lo único que le entristece es la indiferencia, la que le hace temer que su misión sea en vano.

SU OBRA

PUBLICACIONES

La mayor parte de las obras de Unamuno consiste de colecciones de artículos que aparecieron de cuando en cuando en revistas y periódicos, españoles y americanos. Comenzó su carrera literaria a los veintiún años, con un artículo que escribió para un periódico bilbaino. Desde 1885, fecha cuando apareció dicho artículo, hasta la presente, Unamuno ha venido escribiendo artículos sobre un sinnúmero de temas,—literarios, topográficos, linguísticos, sociológicos, políticos, filosóficos y religiosos. Dichos artículos han sido coleccionado a intervalos por el autor, y forman ahora los volúmenes llamados, "Paisajes" (1902), "De mi Pais" (1903), "Mi Religión y otros Ensayos" (1910), "Por Tierras de España y Portugal" (1910), "Soliloquios y Conversaciones" (1911), "Contra esto y Aquello" (1912). Han salido, además de estos, cinco colecciones de artículos publicadas por la "Residencia de Estudiantes" de Madrid, institución que encarna el espíritu de Unamuno y se encarga de difundir sus ideas.

Aunque Unamuno es mas conocido por el público como articulista, ha jugado, en distintas ocasiones, el papel de novelista, poeta y filósofo. A nuestro juicio, sus novelas, que son tres largas y una colección de cortas, son la parte de su obra literaria que da menos lustre a la fama de su autor. Son, como la media novela que escribió Carlyle, demasiado didácticas y moralizadoras para poder satisfacer el criterio popular de una obra de ficción, o sea, "que haga pasar el rato sin adquirir compromisos serios". Las poesías que ha

publicado Unamuno son muy características del hombre. Son ellas tal vez el mejor espejo en que se puede mirar su alma en toda su desnudez e inquietud. A pesar de altas cualidades poéticas, los versos de Unamuno nunca alcanzarán a la popularidad, por su carácter tan extremadamente metafísico. Le cortan al alma sus ligaduras mundanas para dejarla luego en el abismo de la duda, sin prestarle jamás alas con que volar al cielo. La parte más original y duradera de la obra de Unamuno la tenemos indudablemente en tres libros o sean, "En Torno al Castisimo", estudio profundísimo del espíritu español; "Comentarios sobre la Vida de don Quijote y Sancho", considerada por el autor como su mejor obra; y por último, "Del Sentimiento Trágico de la Vida", que es el libro mas sistemático y filosófico que ha escrito él.

En cuanto a su valor literario la obra de Unamuno es muy desigual. Muchos de sus artículos van llenos de digresiones, y están escritos en un estilo poco cuidado. Pero hay que tener presente que Unamuno tiene el más alto desdén para el profesionalismo literario, para todos cuantos "piensan para escribir". El ideal que él se propone es "escribir porque ha pensado", y aun escribir *como* piensa y *como* se siente en los mismos momentos de asentar la pluma. Así que resulta con frecuencia que sus artículos no son sino "sartas sin cuerda, "que terminan a menudo con una promesa de tocar con mas detención en lo sucesivo este o aquel punto dejado. En la mayoría de los casos parece que la "otra ocasión" a que se refiere constantemente nunca se presenta. Pero todo esto es tan humano y tan sincero que encanta. Sin embargo, cuando Unamuno se dedica de veras a exponer sus ideas sobre un tema que le abraza el corazón, elévase enseguida a la cima de la más alta y acabada dicción. Su vocabulario es extensísimo, es gran acuñador de nuevas voces, y enemigo habitual de la Real Academia Española.

Con esta breve noticia de los escritos de Unamuno, y sus cualidades formales, pasemos a considerar su pensamiento. Esto lo trataremos en tres secciones, bajo los siguientes títulos, ideas criticas, ideas filosóficas, ideas místicas.

IDEAS CRÍTICAS

1º—JUICIOS LITERARIOS

Aquí se tratará de los juicios emitidos por Unamuno, primero, sobre asuntos literarios, y segundo, sobre asuntos sociológicos. En uno y otro caso nos limitaremos a sus críticas sobre la literatura y sociología de los países hispano americanos, asentándolas tales cuales aparecen en diversos escritos del maestro, pero sin comprometernos a ellas.

A juicio de Unamuno la literatura hispano-americana no ha alcanzado los mas altos vuelos por la influencia nociva de la francesa. El confiesa padecer de un cierto "mispariensismo", sosteniendo que lo parisience ha sido en general fatal a la raza hispana. Le choca a Unamuno el espíritu positivista de los franceses, lo que le hace lamentar la fascinación que ejercen París y las cosas francesas sobre los hispano-americanos. No da crédito a los franceses de haber producido a ningún místico de primer orden. Opina que las literaturas inglesas e italianas, por su mayor robustéz moral, como por su tono mas idealista, ejercerían efectos mucho mas benéficos que la francesa sobre las jóvenes repúblicas americanas.

Verdad es que el pueblo francés ha descollado más en las ciencias exactas y naturales, en la literatura realista y la filosofía positivista. Pero hay que reconocer que hace tiempo que el espíritu francés se viene modificando. El pensador más original de la filosofía moderna es un francés, Bergson, quien no es solamente un espiritualista, sino casi un místico. Presenciamos también en la actualidad, desde cuando los ángeles custodios de Francia arrollaron a las huestes germánicas en las orillas del Marne, la aparición de nuevas susceptibilidades en el alma francesa. Seguramente que, pasando los años, una vez que el Bergsonismo se yerga triunfante sobre las cenizas de Augusto Comte, ya no tendrá razón este juicio de Unamuno. Pero por lo pronto la sugestión que éste hace respecto al cultivo de la literatura inglesa nos parece atinadísima. En vista del creciente espíritu de fraternidad entre los pueblos hispano-americanos y anglo-

sajones, y de la determinación de éstos, tanto ingleses como norteamericanos, de ahorrarse ningún esfuerzo que conduzca a un aprecio debido de sus hermanos de habla castellana, fundando, con este motivo, cátedras de la lengua y literatura castellanas en todas sus universidades, los pueblos de este continente no pueden tardar mucho en tomar una acción recíproca, facilitando en sus aulas universitarias el estudio de la lengua y literatura inglesas. Pues fácilmente se comprende que naciones de habla y costumbres tan distintas nunca llegarán a una comprensión mútua hasta que una y otra sustituyan el idioma liviano de los comerciantes por la lengua clásica de los pensadores.

Casi los únicos libros publicados hoy día en español que lee Unamuno son los por autores americanos. De suerte que cuando él habla de la literatura castellana del Nuevo Mundo, lo hace como un amigo apasionado. Critica empero ciertas tendencias que cree notar en ella. Alega que en muchos escritores americanos hay mayor preocupación por la forma que por la sustancia de sus escritos. Estos "ebanistas literarios", como los llama, ocúpanse en las exterioridades del arte literaria, produciendo una prosa "aceitada", florida y retumbante, producto "artísticamente detestable". Pero los tales, por su afán de llamarse estilistas, acaban por no tener estilo ninguno. En la opinión de Unamuno los escritores hispano-americanos no descuellan en las obras de pura imaginación. Son mejores las que versan sobre materia dada, sobre fondo objetivo, como son por ejemplo obras sobre la historia y las ciencias. En un solo escritor americano ha encontrado verdadero humor e ironía, o sea, en el patriarca de las letras peruanas. El pasaje al respecto es tan interesante, que merece citarse integro. Al explicar que la literatura castiza española carece del humorismo y fina ironía, por ser el temperamento español tan apasionado y fogoso que, queriendo ser irónico o burlarse, insulta, añade.

"Ahí en América D. Ricardo Palma es el más exquisito cultivador de la ironía que yo conozco, y acaso se deba, como más de un critico, y entre ellos, José de la Riva Agüero, ha indicado, a que en el Perú, con el clima moderado e igual y la vida blanda, dulce y fácil, se ha formado una alma que

no deja de tener analogías con el alma francesa y tal vez con el alma helénica". ["Soliloquios y Conversaciones", p. 198].

Pero quizá la observación mas acertada que hace Unamuno sobre asuntos literarios tiene que ver con el criterio popular internacional de los valores literarios. Dicho criterio no es en su fondo más que un juicio sobre "acorazados, cañones y riqueza material." Entre los casos que pone del uso de este criterio ocurre el siguiente:

"Cuando he oído a mas de uno hablar de la intelectualidad y la ciencias chilenas como superiores a los de los otros países sudamericanos, he sospechado que quien tal juicio emitía, lo fundaba más que en un conocimiento de la literatura y la labor científicas de Chile, — conocimiento que es aquí casi nulo,—en el resultado de la guerra del Pacífico, que valió a Chile el nombre de la Prusia de América". ["Soliloquios y Conversaciones", p. 189].

Al mismo criterio se debe que un escritor francés o norteamericano se considere, por el solo hecho del mayor prestigio bélico de sus respectivas patrias, como superior a un español...... o a un peruano.

2º—JUICIOS SOCIOLÓGICOS

A la Sociología como la ciencia que busca el orígen, traza la historia y soluciona los problemas de los fenómenos sociales, Unamuno adopta la misma actitud que su maestro Carlyle, achacándola de perder de vista la importancia suprema del individuo, en su entusiasmo por las instituciones. Sabemos ya que a Unamuno le interesan mas que nada las almas humanas individuales. Es muy interesante leer su opinión sobre la ciencia que tantos aclaman como la salvadora de la sociedad:

"A esta tan decantada y asendereada sociología le tengo una fuerte manía. Apenas hay para mi cosa mas insorpotable que los libros llamados de sociología, conjunto de perogrulladas y vaciedades mezcladas con síntesis fantásticos por lo general. Me figuro que dentro de medio siglo caerá sobre esta flamante sociología un descrédito tan gran-

de como él que hoy pesa sobre lo filosofía de la historia desde hace medio siglo". ("Contra Esto y Aquello", p. 72).

Aplicada esta crítica a la sociología spenceriana, tiene mucha razón, puesto que ahora apenas se menciona el nombre de Spencer en las universidades europeas sino para criticar su sistema. Por lo demás Unamuno muestra el interés más transcendental en los problemas que suelen ocupar la sociología, lo que hace pensar que no se opone a esta ciencia como tal, sino solamente a una escuela pretenciosa de ella. A través de sus muchos artículos encontramos discusiones sobre asuntos sociológicos, tales como, por ejemplo, "Los Juegos de Azar", "La Pornografía", "El Feminismo", etc.. problemas que agitan la sociedad moderna. Mas ahora echemos una breve mirada sobre un problema, en su fondo sociológico, el que plantea Unamuno, y que resuelve de una manera tan original como inusitada. Pero como él no ha dedicado a este problema ningún artículo entero, dependemos por la presentación que hemos de hacer de su punto de vista al respecto, de datos recogidos de una porción de artículos sueltos.

Puede enunciarse el referido problema en los siguientes términos; como, "La falta de confianza en sí mismos que muestran los pueblos sudamericanos." De este estado de conciencia continental Unamuno especifica varios síntomas. Un síntoma de ellos lo encuentra en el libro de un autor chileno, quien tuvo la osadía de declarar que "los pueblos llamados latinos son inferiores a los germánicos y anglosajones, y están destinados a ser regidos por estos". Cierto que para Unamuno tal declaración entraña un error fatal, así que después de embestir sin compasión el libro de tal desaforado autor, dice: "Es menester que acabemos con esa monserga de inferioridad y superioridad de razas. como si la hubiese genérica y permanente y no fuera más bien que quien en un respecto supera a otro le cede en otro respecto, y quien hoy está encima estuvo ayer debajo y tal vez volverá a estarlo mañana para encumbrarse de nuevo al otro día. Acaso lo que hace a unos menos aptos para el tipo de civilización que hoy priva en el mundo, sea eso mismo que les haga más aptos para un tipo de civilización futura." ("Con-

tra Esto y Aquello", p. 14.) Pero dado que el juicio del escritor chileno fuera incorrecto, el hecho de que éste lo hubiera ventilado descubre al escritor español una grave enfermedad en el ánimo de este continente.

Un segundo síntoma de la misma enfermedad aparece en un hecho que hizo notar un notable pensador uruguayo, Dr. Vaz Ferreira, en palabras que Unamuno cita en su libro, ("Soliloquios y Conversaciones", p. 178). Se trata de los jóvenes sudamericanos que vuelven a su patria después de haber seguido estudios en Europa.

"En el medio europeo nuestros estudiantes se distinguen o desempeñan siempre por lo menos un papel honorable, y no me refiero solamente a los dotados de una capacidad intelectual extraordinaria, no! Lo verdaderamente digna de atención es que aún muchos de los que entre nosotros son mediocres son distinguidos allá. Pero, ¿que sucede luego? Vuelven esos estudiantes con su carrera hecha. Se les ve chispear, diremos, algún tiempo, después se apagan. Profesionalmente pueden ser distinguidísimos, buenos médicos, buenos abogados, buenos químicos, pero, nada más que profesionalmente. No realizan ningún descubrimiento original; no propulsan la ciencia".

Según Unamuno, sucede lo mismo en el caso de los becarios españoles que regresan a su patria de universidades extranjeras. Tanto Vaz Ferreira como Unamuno están acordes de qne la verdadera causa de este fenómeno no está en la falta de estímulos para investigaciones originales, ni en la falta de medios de trabajo, ni siquiera por falta de tiempo por parte de los profesionales, sino que se debe "al estado de espíritu con que trabaja el investigador sudamericano. Se debe a que éste trabaja en estado de espíritu pasivo, receptivo, a que no cree que el tenga capacidad, ni aun el deber de hacer uso personal de sus observaciones. O sea dicho en otras palabras, a una especie de humildad colectiva, a falta de confianza en si mismo. Es como si el químico v. gr. uruguayo, argentino o español se dijera. Yo, pobrecito de mi, un uruguayo, un argentino, un español, ¿qué voy a descubrir yo que no lo haya descubierto un alemán, un francés o un inglés"?

La falta de interés en la política es el tercer síntoma de la misma enfermedad psicológica. "No soy político"; "Ese es un político"; "El gobierno nada me da."—Estas y otras expresiones repetidas a porfía y todas igualmente humillantes, las que, años ha satirizó el eminente escritor español, José Mariano de Larra, en su artículo intitulado "En este país", ¿que son sino indicios de la desconfianza de un pueblo en su vida politica, y por lo tanto en si mismo a quien le toca elegir políticos, así como también en el porvenir de la patria? Pues, como dice muy bien Unamuno. "Donde el pueblo se desinteresa de la política, decaen ciencias, artes y hasta industrias." ["Soliloquios y Conversaciones", p. 271.]

El último rasgo revelador del mismo estado patológico es aquello que Unamuno califica de "el temor del ridículo". Por la obsesión de este temor son pocos los que ensayan, que experimentan, que hacen nuevas pruebas, que salen de lo rutinario. Lo harían alegremente "estando seguros del buen éxito, pero ante la perpectiva de un fracaso y trás él la burla y chacota, tal vez el que les tenga por locos o por ilusos o por mentecatos, ante eso se arredran y no ensayan" (Vida de Don Quijote y Sancho, p. 210) Olvidan los tales que a todos los iniciadores y héroes del progreso, cuya fe en el éxito que había de coronar sus esfuerzos les hizo arrostrar la burla momentánea, se les tenía por grandísimos locos. "Tambien olvidan que cuando el temor de hacer el ridículo se apodera de un individuo o de un pueblo están perdidos para toda acción heroíca". "(Soliloquios y Conversaciones", p. 124) y "que solo el que ensaya lo absurdo es capáz de conquistar lo imposible". ("Vida de Don Quijote y Sancho", p. 211).

Ante este espíritu subalterno de que padecen, según Unamuno, tanto los literatos como la clase profesional y plebeya sudamericana, es interesante notar los remedios que éste prescribe. En primer lugar sugiere que los pueblos de habla española se conozcan entre sí, para que se vaya formando una conciencia de raza. En segundo lugar, debe formarse verdadera nacionalidad, sea argentinidad, bolivianidad, o peruanidad, por el desarrollo consciente en todos los ciudadanos de un país de las potencias del alma nacional. Saca-

da ésta a plena expresión un pueblo podría apreciarse, descubriendo al mismo tiempo el papel que le tocara entre las naciones del mundo. La única cuna de esta verdadera nacionalidad será la escuela nacional. Debe ser además la preocupación de cada ciudadano de empaparse en lo eterno más que en lo moderno, en lo universal mas que en lo cosmopolita. Con la nueva orientación que de esta manera consiguiría, un individuo podría libertarse de la imitación servil. La última receta que propone Unamuno para la formación de este nacionalismo cabal y verdadero es una base religiosa. No podemos hacer mejor que escuchar sus propias palabras.—"No me explico una patria que sea tal, un pueblo que sea tal, un pueblo que tenga un cierto vislumbre de su misión y papel en el mundo, no siendo que su conciencia colectiva responda, aunque sea por manera obscura, a los grandes y eternos problemas humanos de nuestra finalidad última y nuestro destino". ["Soliloquios y Conversaciones", p. 78].

IDEAS FILOSÓFICAS

La filosofía de Unamuno puede designarse como la "filosofía de la desesperación". Es una filosofía espiritualista, ecléctica y profundamente española. Tiene hondas raíces en Spinoza, Kant, Carlyle y Guillermo James, escritores con quienes Unamuno descubre muchas afinidades; pero el alma del sistema es el espíritu redivivo de Don Quijote de la Mancha. La expresión más elaborada y completa que hasta ahora ha dado Unamuno a sus ideas se halla en el libro intitulado, "Del Sentimiento Trágico de la Vida", libro que publicó en 1914, y que, con sus poesías, "Vida de Don Quijote y Sancho", y "En Torno al Casticismo", encierran todas sus ideas fundamentales.

Con esta orientación preliminar volvamos a considerar las doctrinas filosóficas de Unamuno. Y para que la discusión de ellas sea lo más claro y conciso posible, las agruparemos bajo tres conceptos, a saber Antiracionalismo, Vitalismo, y Españolismo.

1º—ANTIRACIONALISMO

Cuando a Unamuno se le llama antiracionalista, precisa aclarar el sentido en que usamos esta palabra. Pues desde cierto punto de vista él es un racionalista de lo más radical. Reclama plena libertad para el ejercicio del pensamiento y arremete contra cualquier sistema, sea político, eclesiástico o filosófico que se imponga despóticamente sobre la conciencia. Siéndole tan sagrado el derecho del libre ejercicio de la razón, aun hasta el punto de contradecirse, rehusa rotundamente llamarse por el nombre de ninguna escuela de pensamiento. El hombre tiene que pensar, sí, pero debe pensar «vital» no «lógicamente». Debe pensar con el cuerpo, el corazón y todas las facultades del alma y no tan solo con el cerebro. Pensar así es libertarse del despotismo de las ideas, o como dice Unamuno paradojicamente en cierto lugar,—«Repensar los lugares comunes es el mejor modo de librarse de su maleficio». Así que está bien claro que Unamuno no impugna el ejercicio legítimo de la razón, más bien lo fomenta. Lo que combate son las *pretensiones* de ella. En primer lugar niega que la razón sea una facultad pura y sencilla, calificando de puramente fictico el concepto de la «razón pura». Por lo mismo que un pensador es un hombre de carne y hueso, el ejercicio de la razón se determina por el estado íntegro de la conciencia. Igualmente insostenible se encuentra la posición que la razón puede alcanzar la verdad. La razón helénica nunca podrá llegar a las entrañas de las cosas. Ésta, cuando no conduce al escepticismo, no alcanza sino la «sombra de la verdad, fría y nebulosa». La lógica formal la califica Unamuno de una «tirana durísima del espíritu», y el método silogístico lo aborrece. Tampoco le es muy aceptable el ideal que se propone el racionalismo, o sea la contemplación, la que nunca podrá ser un ideal para un hombre de carne y hueso, quien anhela gozar y no tan sólo contemplar. También niega a la razón el poder mejorar la ética. A diferencia de todos los grandes idealistas sostiene que «raciocinar la ética es matarla», y combate el famoso dictámen de Socrates que «La virtud es la ciencia». Lo único que vale para levantar el nivel de la vida

moral es la «pasión». No la razón sino la pasión puede hacer heroes y santos.

2º—VITALISMO

El punto de partida de la filosofía de Unamuno no es lo racional sino lo vital, no la razón sino el sentimiento y la voluntad. Adopta la posición pragmática de Guillermo James que es la voluntad la que hace el mundo. Así que en vez de decir con Descartes, «Pienso luego soy», dice «Quiero luego soy». Para él toda la filosofía no es sino una tentativa de dar realidad objetiva y racional a los deseos del corazón. Por consiguiente, las creencias no son más que creaciones, que tienen por lo mismo solamente un valor relativo. Es el mártir, dice Unamuno, que hace la fe, y no la fe al mártir.

El fín del universo es el alma individual, la que no consiste de partes superiores o inferiores, unificadas y regidas por la razón como han pensado los idealistas desde Platón. Del alma se predica que vive; pero la vida del alma nunca podrá corresponder al ideal helénico de la armonía, puesto que ella descubre desde el principio un dualismo absoluto entre los elementos racionales y vitales, los que nunca vivirán en paz ni harmonía. Se inicia entre ellos una lucha intestina a que no pondrá término ni la solución idealista ni la hedonista, pero que acabará tan sólo con la muerte. Esta lucha inacabable es lo diferencial de la filosofía de Unamuno, en torno de la cual gira todo su sistema. Será interesante proseguir el curso de ella desde su principio hasta su fín. De esta manera podremos descifrar la biografía íntima del autor, así como hacer notar a la vez la aplicación práctica de sus ideas.

La esencia del alma está expresada en el anhelo universal de eternizarse. El instinto de la perpetuación es el fundamento de la sociedad humana. Cada individuo que no se haya sofisticado, no solamente se cree único sino que desea quedar así para toda la eternidad. El anhelo de la inmortalidad personal brota, de una manera u otra, del pecho de todos los hombres. Fué la presencia de este anhelo en Kant el hombre que hizo que Kant el filósofo justificase racional-

mente su creencia en la inmortalidad del alma, dando aquel salto notable al través del abismo que media la «razón pura» y la «razón práctica». Fué este anhelo que quiso expresar Spinoza por su idea del "conato", o sea el esfuerzo con que cada cosa trata de perseverar en su ser. Entre la existencia de este anhelo y la de Dios, Unamuno interpone los pasos siguientes. El hombre desea ser inmortal luego cree serlo; pero como la inmortalidad personal ha de tener garantías precisa que haya un Dios quien la garantice. Creado así Dios en los intereses de la inmortalidad, el hombre entonces espera en el y le ama. Pero entre tanto la razón, siguiendo por otro camino, llega al escepticismo respecto a todas las creencias del corazón. De aquí el conflicto. He aqui el fondo del abismo en que se hunden corazón y cabeza. En la lucha que se libra el corazón es desgarrado, mientras de sus heridas brota el sentimiento trágico de la vida. De allí en adelante el hombre viene a ser un luchador trágico y desesperado con el misterio de la vida. Resulta un "pesimismo transcedente, engendrador de un optimismo temporal y terrenal". La desesperación engendrada por la pelea entre la razón y el sentimiento puede ser base de "una vida vigorosa, de una acción eficaz, de una ética, de una estética, de una religión, y hasta de una lógica". (Del Sentimiento Trágico de la Vida, p. 126).

Sobre la base de este "pesimismo transcedental" Unamuno construye un castillo de tres atalayas para hacer frente a la vida terrenal. Una de ellas tiene su mirador abierto hacia la región del pensamiento, otro hacia la de la opinión popular, el tercero hacia la vida moral. ¿Como se ha de pensar? ¿Como se ha de comportar ante el juicio de los demás? ¿Como se ha de vivir? En cuanto al pensamiento, la lucha vale más que la victoria. Siendo lucha la única vida verdadera, nunca se deberá pedir paz o descanso para la cabeza sino tan solo para el corazón, no nueva luz sino "agua de los abismos". En cuanto a la opinión popular nunca se debe hacer caso de ella. El que vive a la luz de la eternidad tendrá que arrostrar diariamente la burla y el ridículo. En cuanto a la vida, Unamuno formula para ella un ideal y una norma. El ideal ético será, que cada individuo haga labor religiosa de su profesión u oficio, que trate,

de hacer que "nuestra vocación sea el puesto en que nos encontramos, o en último caso cambiarlo por otra" (Id., p. 265). Así que para Unamuno el problema fundamental social no es el reparto de riquezas sino de vocaciones. Por otro lado, la norma con que juzgar la moralidad de un individuo y así de su derecho a la inmortalidad, será que, a juicio de los que le conocen, él sea insustituible, sea como padre, hijo, profesional o mecánico. O expresada la norma en otros términos, adaptando palabras de Senancour, el hombre ha de vivir de tal manera que su anonadamiento, si, después de todo, sobreviniera, sea una injusticia. (id., p. 258)

Nunca es grato el criticar a un pensador por cuyo espíritu e ideas uno abriga honda simpatía. Cumple, sin embargo, que termine esta exposición de la filosofía de Unamuno con un juicio crítico acerca de ella. En primer lugar, la filosofía de Unamuno es indicativa de una corriente nueva y caudalosa en la filosofía moderna. Presenciamos indudablemente los albores de una nueva época espiritualista en la historia del pensamiento. De pronto se habrán huído las últimas sombras con que entristecieron la tierra el positivismo de Comte y el idealismo absoluto de Hegel. El alma humana acoge el advenimiento de sus libertadores. James y Bergson y la falange de ilustres pensadores que les siguen, han sacado nuevamente a luz, a fuerza de dialéctica invencible, y las han establecido en un lugar prestigioso, las grandes doctrinas de la existencia, libertad e inmortalidad del alma, así como también de la existencia y personalidad de un Ser Supremo del Universo. En cuanto Unamuno avanza bajo la bandera del nuevo espiritualismo nos hallamos de completo acuerdo con sus ideas, y las recomendamos apasionadamente a cuantos viven bajo la Cruz del Sur que reconozcan aun el ferreo cetro de Augusto Comte. Pero hay ciertos puntos en su sistema sobre los que desearía hacer unos cuantos reparos afectuosos.

Entre otros puntos que pudieramos mencionar, especificamos dos que me parece los más débiles del sistema de Unamuno. El uno tiene que ver con su epistemología, el otro con su ética. Si bien es verdad que el rumbo que tome la razón depende del estímulo que reciba del sentimiento, nada tiene que ver esto con la capacidad de la razón de alcanzar

la verdad. Pues, si creemos, como nos es forzoso creer, que el universo es un todo racional, y si la función de la filosofía no es la de construir sistemas *apriori* sino interpretar la experiencia íntegra,—dado que se le dé a la razón la verdadera orientación inicial, ¿que impide que, por un proceso dialéctico de análisis, y síntesis, no se llegue a las entrañas racionales de las cosas? Entonces no habrá porque siga interminablemente la lucha entre la cabeza y el corazón, entre la ciencia y la religión, puesto que unos y otros forman parte de un universo racional e inteligible. Pero cuando Unamuno dice, por ejemplo, que el cristianismo, aunque el mismo lo acepta, es antiracional, lo que debería decir es que el cristianismo no cuadra con los conceptos de lo racional que se han formado algunos pensadores. No es verdad tampoco que "la lucha vale más que la victoria". Más humana y a la vez más filosófica es aquella otra sentencia de Unamuno; "que hermoso es llegar al puerto empapado en agua de tempestad!"

La otra objeción a la filosofía de Unamuno es que no ofrece una base práctica y substancial para la ética. Una lucha desesperada, en un mar sin límites, donde soplan vientos contrarios de emociones y pensamientos, y donde no hay la seguridad de llegar jamás al puerto, puede prestar una base, sí, para la moral de héroes y santos, pero, como de éstos hay pocos, no podemos arriesgar que todos los demás pobres se echen a pique en los remolinos de la inmortalidad. El hombre necesita una base firme para su fe y su vida, una base que sea para él racional, según el concepto que tenga de la racionalidad. Mas aparte de esto, nada se gana con la norma ética que sugiere Unamuno, o sea la de hacerse "insustituible". ¿Que más fácil imaginar que un hombre viva de tal manera que sea insustituible, no solamente a su propio juicio, sino también al juicio de un grupo de conocidos, y que esté convencido además que su anonodamiento sería una injusticia, y al mismo tiempo no tenga principios morales más altos de los de un moro que mate a un infiel para ganarse el cielo? Débese esto a que Unamuno emplea la palabra inmortalidad únicamente en su sentido tradicional español, esto es, cuantitativo, sin tener en cuenta que el sentido fundamental de dicha palabra es cualitativo, correspondiendo a un estado de alma. ¡Que luche

el hombre, avanzando de fe en fe, y de concepto en concepto, pero sereno y fuerte!

"Y halla quien odia la maldad y el vicio
un talamo de rosas en la muerte".

3º—ESPAÑOLISMO

Este ensayo se ha ido alargando tanto que ya ha salido mucho de los límites propuestos al principio. Quédanos por tratar el *españolismo, las ideas misticas y la influencia* de Unamuno. Estos tópicos me será forzoso tratarlos con mucho menos detención de la que merecen. A ejemplo de nuestro autor cuando se encuentra él en situación semejante, pospondremos la discusión adecuada de dichos tópicos para otra ocasión, limitándonos, por lo pronto, a tratarlos a grandes rasgos.

Es algo de que Unamuno hace constante alarde el que corre por sus venas y arterias la sangre española más castiza. Por ser vasco y paisano de Ignacio de Loyola, créese español de los españoles. Aunque uno de los escritores más cultos que ha producido España, y aun estando perfectamente al corriente de los grandes movimientos de la civilización europea, Unamuno es tal vez, de los escritores españoles contemporaneos, el que menos ha cruzado las fronteras de su patria, y que menos se ha dejado influir por el espíritu europeo. A él le da lo mismo el que se diga que la Africa comienza en los Pirineos, como que se diga que España llega hasta los montes de Atlas. Al mismo tiempo uno de las contradicciones más absolutas que se hallan en Unamuno tiene que ver con la receta que prescribe para el porvenir de su patria. Habla a veces como si la única esperanza de ella fuera renunciar el ideal ascético, abriendo de par en par todas sus ventanas para que entrasen los vientos europeos. Otras veces parece sostener que España debe mantenerse tal cual está, viviendo quijotescamente, soñando con la gloria, y arremetiendo contra los molinos de una civilización materialista.

En su libro "En Torno al Casticismo", escrito en los primeros años de su vida literaria, Unamuno da una inter-

pretación profundísima y valiosísima del espíritu español. Luego de analizar las cualidades históricas y castizas de los españoles, y de hablar del marasmo en que España encuéntrase actualmente, agrega el siguiente pasaje:—

"Solo abriendo las ventanas a vientos europeos, empapándonos en el ambiente continental, teniendo fe en que no perderemos nuestra personalidad al hacerlo, europeizándonos para hacer España y chapuzándonos en pueblo, regeneraremos esta estepa moral". (p. 218)

En esa época Unamuno hablaba como un reformador social para quien lo humano valía más que lo castizo. Pero desde entonces ha dado a luz su "Don Quijote y Sancho", y "Del Sentimiento Trágico de la Vida", libros en que parece por lo general oponerse a la europeización de España. Ya está hablando más como poeta o metafísico que no como reformador. Sostiene que el único libro de filosofía que ha producido España ha sido "El Quijote" de Cervantes. Este libro, que es en su fondo un libro de burlas, cifra y compendia la historia española, y debería ser la "Biblia nacional y patriótica" de España. Don Quijote, quien indudablemente vivía en la carne, antes de aparecer en las páginas de Cervantes, es el "Cristo español", "nuestro señor don Quijote". Pero entre observaciones acertadísimas y originales buscamos en vano por una solución de como puede ser Quijote el salvador de España: ¿Es por su vida loca o por su muerte cuerda? Ya oímos el grito ¡"Viva Don Quijote!" ya su contrario ¡"Muera Don Quíjote"! Quedámonos sin embargo con esto que, valga lo que valga la vida de Don Quijote, y signifique lo que signifique su muerte, Don Quijote redivivo sería pastor de almas. probablemente un escritor, lo cual el mismo sugerió cuando, vencido por el Bachiller Carrasco, empuñó el cayado pastoril. Comentando este incidente en la vida del "Caballero de la Triste Figura", Unamuno dice: "Si Don Quijote volviera al mundo sería pastor Quijotiz, no ya caballero andante de espada; sería pastor de almas, empuñando en vez del cayado la pluma o dirigiendo su encendida palabra a los cabreros todos. Y; quien sabe si no ha resucitado !¡Quien sabe si no ha resucitado...!" (1) Estas palabras

(1) "Vida de Don Quijote y Sancho", p. 423

tomadas en conexión con otras igualmente significativas con las que Unamuno acaba sus comentarios sobre la vida de Don Quijote, arrojan nueva luz sobre el tan mentado quijotismo del catedrático de Salamanca. He aquí los términos en que termina su obra maestra. "Y yo digo que para que Cervantes contara su vida y yo la explicara y comentara nacieron Don Quijote y Sancho, y para comentarla nací yo......No puede contar tu vida, ni puede explicarla ni comentarla, señor mío Don Quijote, sino quien esté tocado de tu misma locura de no morir". (1) De aquí se desprende que Unamuno no solamente cree ser el único comentador legítimo de "El Quijote" de Cervantes sino que se cree ser él mismo Quijote redivivo, quien tiene por su misión moderna enderezar con tinta y pluma los entuertos castizos de su querida España.

IDEAS MÍSTICAS

Terminaremos este estudio de las ideas de Unamuno con un vislumbre de su espíritu desnudo y místico. Interesado, como ya sabemos, en todos los grandes problemas que pueden preocupar a un hombre y a un español, por lo que merece el nombre de crítico, filosófico y patriota, Unamuno es en el fondo del alma un místico. Su pensamiento está empapado en el misticismo de su patria, ni es descendiente indígno del linaje de Granada, León y la Santa de Avila. El intenso individualismo que distingue la mística de Unamuno de la mística panteistica alemana, es un rasgo que ha heredado del místico autor de "La Noche Obscura del Alma". Genuinó hijo de su pueblo, no le contentaría la perspectiva de perderse en el alma del Universo, donde dejaría de pensar y sentir como individuo. Busca la inmortalidad personal, y preferiría ser "átomo eterno que momento fugitivo de todo el Universo.

Sin embargo el misticismo de Unamuno es mucho más humano y menos ascético que el castizo castellano. No hace la misma separación completa entre Dios y la naturaleza. El único místico español que sintiera verdaderamente el en-

(1) "Vida de Don Quijote y Sancho", p. 464.

canto de la naturaleza fué Fray Luis de León, el predecesor de Unamuno en la universidad de Salamanca. Para Unamuno Dios no es tan sólo un ser transcedente; penetra todo y vive y sufre en los hombres. Por debajo, de todas las cosas están sus eternos brazos. La creencia de que Dios está presente, tanto en el mundo como en la vida personal de los hombres, es una de las más arraigadas de Unamuno. Por dicha creencia nos explicamos un pasaje en sus obras, que de otra manera nos pareciera sin significado y hasta cruel. He aquí el pasaje a que se refiere:—

"El hombre flota en Dios sin necesidad de tabla alguna, y lo único que yo deseo es quitarle la tabla, dejarle sólo, infundirle aliento y que sienta que flota......Hay que echar los hombres en medio del océano y quitarles toda tabla, y que aprendan a ser hombres, a flotar. Tienes tan poca confianza en Dios que estando en Él, en quien vivimos [Hechos 17-28] necesitas tabla a que agarrarte? El te sostendrá sin tabla. Y si te hundes en El, ¿que importa"? (Vida de Don Quijote y Sancho p. 426).

La confianza de Unamuno en la presencia de Dios en el Universo brota de su experiencia personal. No hay en toda su obra pasaje más hondamente místico que el siguiente:—

"Creo en Dios como creo en mis amigos, por sentir el aliento de su cariño y su mano invisible e intangible que me trae y me lleva y me estruja, por tener íntima conciencia de una providencia particular y de una mente universal que me traza mi propio destino. Y el concepto de la ley—¡concepto al cabo!—nada me dice ni me enseña.

Una y otra vez durante mi vida héme visto en trance de suspensión sobre el abismo; una y otra vez héme encontrado sobre encrucijadas en que se me habría un haz de senderos, tomando uno de los cuales renunciaba a los demás, pues que los caminos de la vida son irrevertibles, y una y otra vez en tales únicos momentos he sentido el empuje de una fuerza consciente, soberana y amorosa. Y abresele a uno luego la senda del Señor". (1)

---

(1) ("Del Sentimiento Trágico de la Vida" ¡p. 193)

Es verdaderamente admirable la simplicidad de niño con que Unamuno se dirige a Dios. Las palabras que siguen donde le vemos en el "castillo interior" podrían haber sido escritas por Santa Teresa.

"Esta voz que me dice: ¡calla histrión! ¿es voz de un ángel de Dios o es la voz del demonio tentador? Oh Dios mío, Tu sabes que te ofrezco los aplausos lo mismo que las censuras. Tu sabes que no sé por donde ni adonde me llevas; Tu sabes que si hay quienes me juzguen mal me juzgo yo peor que ellos; Tu señor sabes la verdad, Tu solo; mejórame la ventura y adóbame el juicio a ver si enderezco mis pasos por mejor camino del que llevo". ("Vida de Don Quijote y Sancho", p. 374).

Pero a pesar de su fe evidente en Dios, Unamuno desea que su vida de aquí sea una lucha inacabable. Quiere que su corazón descanse confiadamente pero que su cabeza nunca.

"Mientras viva, Señor, la duda dame
Fe pura cuando muera
La vida dame en vida
Y en la muerte la muerte."

No desea la plena luz.

"No buscáis luz mi corazón, sino agua de los abismos
Y allí hallarás la fragua
De las visiones del amor eterna."

No acierta a comprender lo que quiso decir Jesús por las palabras "Mi paz os dejo."

"Dura, Jesús, la guerra que trajiste
Y se perdió la paz que nos dejaste;
Tu paz, manso rabino, en que consiste
Ya que el sereno olimpo nos cerraste?"

De niño, cuando miembro de la congregación de San Luis Gonzaga, Unamuno soñaba en ser santo. Desde esa hora hasta la presente nunca ha dejado por un momento tener anhelos de lo santo y lo eterno.

"¿Cuando descansaré, Dios mío, cual será mi postrer anhelo? Éste, el de ahora? Dios lo quiera".

(Recuerdos de Niñez y Mocedad. p. 172).

INFLUENCIA

Ya está terminada la tarea de amor que me propuse al principio. La conciencia que tengo de las imperfecciones de que adolece no podría ser más honda. He versado ligeramente sobre la vida íntima e intelectual de Don Miguel de Unamuno, ese "Caballero de la Triste Figura" de la literatura española contemporanea; y ahora, siguiendo el ejemplo del simpático moro, Cid Hamete Benengali, cuelgo mi pluma, la que no ha dejado de mancillar el bello idioma castellano. Pero confiando en que por lo aquí escrito otro más digno empuñe la pluma para discutir el significado de la vida y teorías del sabio de Salamanca, con cuatro palabras más acerca de la influencia de éste, acabo.

"Sé que en el peor caso aunque estas hojas se sequen y se pudran en la memoria del lector, formarán en ella copa de mantillo que abone sus concepciones propias". Así escribió Unamuno el principio de su obra «En Torno al Casticismo», (p. 24) y así sucede que aunque son relativamente pocos los a quienes hasta ahora haya podido comunicar todo su espíritu e ideas, hay un gran número de jóvenes selectos cuya mentalidad ha sido "abonada" por los escritos de él, y verdad que a veces la influencia de éste ha tenido un desenlace algo más dramático que la acción tardía de abono. "Yo al menos sería un ingrato si no reconociera que a Ud. debo el haber saltado la tapia de mi corral o de mi huerto" (Ensayos V. p. 30). He aquí la confesión del jóven poeta Antonio Machado, la que expresó en una carta a Unamuno. Entre otros partidarios entusiastas del eminente pensador, cuéntanse José Ortega Gasset, catedrático de filosofía de la Universidad de Madrid, y escritor de muchísimo talento; Federico Onis catedrático de la Universidad de Oviedo, y editor de "Los Nombres de Cristo" de Fray Luis de León, y Alberto Jiménez Fraud Director de la Residencia de Estudiantes de Madrid. Todos ellos han sentido la inspiración de Unamuno y viven con él en la más estrecha intimidad. Penetrados de su espíritu se dedican a mejorar la condición intelectual y moral de su patria. "La Residencia de Estudiantes" de Madrid, institución que me prestó albergue durante mi perma-

nencia en España, y donde tuve el honor de ser presentado a Unamuno, encarna el espíritu e ideales de éste. Ahí se reunen bajo un sólo techo los elementos estudiantiles más selectos de toda España, y ahí uno puede apreciar la honda influencia que va ejerciendo Unamuno sobre la simpática juventud española.

Díjome una vez Don Alberto Jiménez "Si Unamuno sigue hablando como lo está haciendo tendremos una nueva guerra civil". Y así habrá de ser. Un día de éstos España tendrá su "nueva guerra civil", y el alma de la nueva España que surgirá gloriosa del marasmo del presente será Don Miguel de Unamuno el "loco" sublime de Salamanca.

Los países sudamericanos donde Unamuno tiene más lectores son la Argentina y Chile. Parece que hasta ahora, a juzgar por las librerías y bibliotecas de Lima, su nombre poco se conoce en el Perú. Pero tan pronto como sus palabras fascinadoras resuenen en corazones peruanos, otros, como Machado, "han de saltar la tapia de su corral". Muchas buenas causas necesitan apoyo, y de allende el oceano; de una cámera en una angosta calle de la vieja Salamanca, nos vienen las palabras impulsoras que el maestro dijo a sus dicípulos, "Alguien tiene que hacerlo, ¿porque no he de ser yo"?

